MARGARITA

COMEDIA

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de la Princesa,
el 15 de Marzo de 1887

MADRID, 1887.—Imp. de Manuel G. Hernández,
Libertad, 16 duplicado

MARGARITA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FRANCISCO PLEGUEZUELO



MADRID
Cedaceros, 4, segundo izq.ª
1887

AL INSIGNE AUTOR

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS

Al mero hecho de oírla V. y no desaprobarla, atribuyo la fortuna de mi pobre «Margarita;» y ella misma, aunque yo no lo hubiese querido, se habría consagrado á V. toda la vida, llena de amor, veneración y gratitud.

Francisco Pleguezuelo y Rojas.

PERSONAJES		ACTORES
MARGARITA.........	Srta. D.ª	Elisa Mendoza Tenorio.
ISABEL, condesa......	Sra. D.ª	Josefa Guerra.
CONSUELO, marquesa.	»	Emilia Llorente.
TERESA.............	Srta. D.ª	María Mantilla.
EUGENIO, marqués....	Señor D.	Miguel Cepillo.
OCTAVIO............	»	Enrique Sánchez de León.
LORENZO, médico.....	»	José Montenegro
MENDOZA............	»	Antonio Fornoza
UN CRIADO	»	Mariano de la Hoz.

La escena en Madrid.—Época presente

NOTA. Por derecha é izquierda, las del actor.

MARGARITA

ACTO PRIMERO

Salón de la casa de EUGENIO lujosamente amueblado. Puerta al foro, por donde se ve un jardín, y laterales. A la derecha un piano. Hacia este mismo lado, y en segundo término, una mesa con los objetos necesarios para hacer un álbum de flores y hojas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CONSUELO, sentada y leyendo un libro; TERESA haciendo lo que indica el diálogo, y EUGENIO, que aparece por la puerta de la derecha

EUGENIO

¿Qué haces?

TERESA

Estoy acabando mi álbum de Flora, para que lo vea terminado Margarita. No me faltaban más que estas hojas, que ahora pondré, y estos helechos que acabo de poner. ¡Mira esta planta roja qué bonita! Se llama porfira.

EUGENIO

Parece que está pintada.

TERESA

¿Verdad? Cualquiera diría que es una acuarela. Eso prueba mi habilidad. No creas, esto es muy difí-

cil. Después de haber prensado y secado muy bien las hojas, hay que dar goma con mucha igualdad en un cristal, y aplicarlas después á él con sumo cuidado para que tomen una poquita, nada más que la indispensable para que luego queden pegadas al papel; y al pegarlas hay también que tener mucho cuidado. Y si no se hace así, mira (Pasa con viveza algunas hojas), mira qué mamarracho.

EUGENIO

¿Qué es eso?

TERESA

Un *calladium bicolor*.

EUGENIO

¿Calladium bicolor?

TERESA

Sí; una planta exótica.

EUGENIO

Ya, ya; lo mismo que el nombre. Fuerte estás en botánica.

TERESA

Es una de las ventajas de este entretenimiento, como decía *mademoiselle* Josefina.

EUGENIO

Y tenía razón.

TERESA

Pues ya ves; es una hoja preciosa, con su fondo verde oscuro, sus nervios blancos y sus pecas azules... Pero Octavio se empeñó en pegarla, y lo hizo tan mal, que parece un galápago.

EUGENIO

No tanto, mujer.

TERESA

Sí, sí. Pero yo le diré á mi nueva institutriz, al enseñarle el álbum, que él fué quien la puso; le diré que es obra nada menos que de un ingeniero mecánico. ¡Valiente mecánico!

EUGENIO

De singular talento.

TERESA

Ya lo creo. Basta que haya estudiado en Inglaterra. Pero si todo le sale así... Esto es un verdadero mamarracho.

EUGENIO

Se lo diré, presumida.

TERESA

Se lo tengo yo dicho.

EUGENIO

(A Consuelo, sentándose junto á ella.) ¿Leyendo?

CONSUELO

(Que hace un rato ha dejado de leer y ha estado atenta al diálogo anterior, aunque conservando el libro en la mano.) Leía, pero ahora contemplaba nuestra felicidad. ¿Qué personajes creados por la más rica fantasía pueden interesarme tanto como mi hija y mi marido, ni qué diálogo para mí tan bello como el que contigo sostenía esa muñeca? Cada día se te parece más.

EUGENIO

Y yo pienso que á ti.

CONSUELO

Te engañas, Eugenio. Son tus ojos, tu boca, tu frente.

EUGENIO

Pues mírala de perfil, y es tu retrato.

CONSUELO

No disparates; si es el tuyo.

EUGENIO

Entonces, el de los dos. Ó la respectiva semejanza que nosotros vemos no es sino una ilusión óptica formada por los rayos de la luz y del amor. Seres igualmente queridos, se nos ofrecen con idéntica apariencia.

CONSUELO

No, en realidad, se parece mucho á ti, y existe

razón sobrada para ello. Este libro lo dice: Los griegos llenaban los gineceos de hermosas estatuas para que impresionadas por la belleza sus mujeres les dieran hijos bellos; de donde se deduce que ejercen influencia en los seres que están para nacer las imágenes que ocupan el espíritu de la madre. Nuestra hija salió á ti, porque tú has estado siempre en mi corazón y en mi pensamiento.

EUGENIO

¡Consuelo!

CONSUELO

No así yo en ese corazón, que algunas veces creo no se llena conmigo, ni en ese pensamiento, que á lo mejor parece que se lleva á otra parte el cariño de tus ojos.

EUGENIO

Sin tu carácter celoso serías perfecta como un ángel. Pero en fin, ese defecto me convence de que eres la mujer de carne y hueso que yo adoro.

CONSUELO

No es un defecto, no. Es que en el amor ha de haber siempre desnivel. Aunque no haya traiciones, siempre quiere uno más y otro menos, y la diferencia se llama siempre celos.

EUGENIO

(Estrechándole la mano.) ¡Quererte yo menos, ingrata, cuando cada día...

CONSUELO

¡Veinte años! ¡Cuán pocos habrá tan felices como nosotros! Y ya va á cumplir quince nuestra Teresa. Parece mentira.

EUGENIO

Mírala qué afanada para lucir sus habilidades con la nueva institutriz.

CONSUELO

¡Ah! ¿Será ya hora de mandarle el coche?

EUGENIO

No, todavía no; pero ya he dicho que lo preparen. Me dijiste que habías quedado en mandar por ella á la una.

CONSUELO

A la una, sí. ¡Pobre joven! Sola en el mundo á los veintidos años. ¡Y si vieras qué guapa! Ella vendrá á ser una segunda madre intelectual de nuestra Teresa; pero yo prometo ser en todo otra segunda madre de esa desgraciada, si se porta como espero.

CRIADO

(Anunciando desde el foro.) El Sr. Mendoza.

EUGENIO

(Levantándose.) Adelante. (Ap.) Bien venido, porque la emoción me ahogaba.

ESCENA II

DICHOS y MENDOZA

MENDOZA

(Saludando.) Marquesa. Vengo en su busca, Marqués.

EUGENIO

Aquí me tiene á su disposición.

MENDOZA

Pues cuando quiera, porque ya es la hora.

EUGENIO

¿La hora? ¿qué hora?

MENDOZA

¿Pero es posible? ¿Ha olvidado V. que hoy es la junta de nuestra Sociedad y que quedamos en ir reunidos?

EUGENIO

Por completo, lo confieso. Dispense V.

MENDOZA

Estas distracciones son muy sospechosas, Marquesa.

CONSUELO

(Aparte.) Como siempre. ¡Qué impertinente!

MENDOZA

(A Eugenio.) Pues me parece que el asunto es interesante, que no es poco el capital que tenemos empeñado.

EUGENIO

No había de perderse por mi ausencia.

MENDOZA

(A Consuelo) Dicen que con las glorias se olvidan las memorias. Vaya V. á saber qué glorias explicarán este olvido.

CONSUELO

Bien pueden ser las de su casa.

EUGENIO

Mendoza te conoce y quiere mortificarte.

CONSUELO

Pues no lo consigue.

MENDOZA

¿Conque vamos?

EUGENIO

No, desisto.

MENDOZA

¿Cómo?

EUGENIO

Siento no acompañarle. Pero V. lleva mi representación y doy por bien hecho cuanto hagan. Hoy es día de Teresa y quiero consagrárselo.

MENDOZA

(Acercándose á saludar á Teresa, cosa que no había hecho antes.) ¿Día de Teresita?

TERESA

A V. también se le olvidan las memorias.

MENDOZA

¡Ah! pero yo prometo subsanar mi falta.

TERESA

Es que son dos las cometidas.

MENDOZA

No haberla felicitado, una...

TERESA

Y no haberme antes saludado siquiera, otra.

MENDOZA

Pues perdón para la una, que yo redimiré la otra volviendo en cuanto acabe la junta para hacer solemnemente mi felicitación.

TERESA

Si se da V. prisa podré demostrarle mi magnanimidad ofreciéndole un puesto á nuestra mesa.

EUGENIO

En efecto...

MENDOZA

No perderé momento, y así tendrá V. en seguida noticia de los acuerdos que tomemos, en los que á la verdad hubiera sido muy conveniente su intervención.

CONSUELO

Pero hoy es justo que se quede con nosotras.

EUGENIO

Y me quedo, sí.

MENDOZA

(Aparte.) ¡Mujer inverosímil! ¡Apasionada del marido! (Despidiéndose.) Pues Marquesa...

EUGENIO

¡Ah! voy á darle los documentos que ofrecí llevar.

MENDOZA

Ciertamente.

ESCENA III

Dichos é Isabel y Octavio que entran por el foro cuando van á salir Eugenio y Mendoza. Se saludan todos. Teresa se levanta con alegría y acude á Isabel

EUGENIO

Hola, Condesa.

TERESA

Cuánto le agradezco su regalo. ¡Qué cosa tan bonita!

ISABEL

(Dándole un beso.) No tanto como tú.

EUGENIO

(Á Mendoza refiriéndose á Octavio.) Si se realiza el otro proyecto, aquí está nuestro ingeniero.

MENDOZA

Y con él sería el éxito seguro.

OCTAVIO

Ante todo sería preciso que yo aceptara un encargo superior á mis fuerzas.

MENDOZA

Amigo Octavio, ya no se estila la modestia.

EUGENIO

Hasta ahora. (Vase con Mendoza.)

ESCENA IV

DICHOS menos EUGENIO y MENDOZA

CONSUELO

(A la CONDESA en el momento en que ésta y OCTAVIO se acercan á estrecharle la mano.) Cómo se conoce que ahora te acompaña el recién llegado del Albión. Eres más puntual que otras veces.

ISABEL

(Quitándose el sombrero y revelando desde luego gran confianza, así como un carácter festivo y desenvuelto.) Hija, cuando se trata de comer, hay que llegar á tiempo.

OCTAVIO

(A TERESA, junto á la cual se sienta formando grupo aparte.) ¿Estaba V. entretenida con su álbum de Flora?

TERESA

Y voy á terminar en un momento. Por supuesto, si V. no se empeña en ayudarme.

OCTAVIO

¿No me ha perdonado todavía mi atrevimiento artístico?

TERESA

No, señor, que aquello parece una tortuga, una rana, un bicho cualquiera, todo menos una planta.

CONSUELO

(A la CONDESA, con la cual se ha sentado aparte.) ¿Qué te parece la descarada?

OCTAVIO

Así el album será más rico, será de Flora y de Fauna. (Sigue hablando en voz baja con TERESA.)

ISABEL

¿Y á tí qué te parece la pareja? Se me figura que las dos pensamos lo mismo; pero, es claro, como tú eres la madre de la doncella y yo la madre del varón, á mí es á quien me toca declarar el atrevido pensamiento. ¿No sería una dicha que se quisieran y se casaran?

CONSUELO

¡Oh! figúrate, Isabel, si para mí lo mismo que para tí, si para dos amigas como nosotras no sería una felicidad, hasta cierto punto, por supuesto, la de ser llamadas abuelas por los mismos nietos. Pero Octavio es todo un hombre y Teresa todavía una chiquilla.

ISABEL

Le lleva diez años, que es lo que el marido debe llevar á la mujer.

CONSUELO

Pero á él, que es tan serio, no puede gustarle todavía una muñeca.

ISABEL

Eso corre de mi cuenta. Y además, ¿qué muñeca ni qué ocho cuartos? Si todas las muñecas fueran así, te juro que no quedaba una en los bazares.

CONSUELO

Bien, yo te aseguro que sería tan dichosa como tú viendo á mi hija casada con Octavio, que es tan bueno, tan noble, y que es tu hijo; pero reconoce que aunque ella fuese ya capaz de enamorarse...

ISABEL

Eso también corre de mi cuenta.

CONSUELO

Bien; pero nunca deberíamos consentir en una próxima boda, porque ella debe acabar su educación y alcanzar su completo desarrollo.

ISABEL

Bueno; la cuestión del tiempo depende de los nervios, que la educación y el desarrollo...

CONSUELO

No, no, Isabel; siempre importa que se consoliden el espíritu y el cuerpo. Y si vieras qué contenta estoy con la nueva institutriz. Almorzará con nosotras.

ISABEL

¿Ya?

CONSUELO

Anoche mismo fuí al colegio en que ella estuvo sus primeros años, y donde por cariño y por gracia extraordinaria la ha tenido estos días la superiora desde que la pobre quedó sola en el mundo por el fallecimiento de su tía. Ya conoces los informes de D. Lorenzo, que, como médico, asistió á la madre, muerta también la infeliz el año pasado, después de diez y nueve de paralisis.

ISABEL

¡Qué horror!

CONSUELO

Sabes también lo que por escrito nos dijeron la misma superiora del colegio y el director de la escuela de institutrices.

ISABEL

Todo encomios y alabanzas.

CONSUELO

Pues nada la recomienda tanto como la inteligencia y la bondad que salen por sus ojos, la distinción que hay en sus maneras, la nobleza de sus palabras y hasta la hermosura de su cara. Cree que conmueve ver reunidas en una misma persona el saber, la hermosura, la honradez y la desgracia.

ISABEL

Son cosas que casi siempre forman compañía. ¿Positivamente su historia?...

CONSUELO

Como la refiere D. Lorenzo y como élla quiere que se sepa. Positivamente es hija de una infeliz, abandonada por el que debió ser su marido, y que al saber el casamiento de éste con otra, no se salvó de la muerte, sino para contemplar á su hija desde un cuerpo inmóvil durante diez y nueve años. Así ha pasado su vida la pobre Margarita, junto á una madre que le hablaba, pero que nunca podía abrazarla.

ISABEL

¿Y el padre?...

CONSUELO

Parece que murió lleno de arrepentimiento. Ella calla el nombre, por ignorancia ó por respeto.

ISABEL

Terrible historia y triste origen.

CONSUELO

Pero lo que dice Eugenio. En la persona que no ha de prestar su nombre, sino únicamente sus servicios, no hay que mirar la limpieza de aquél, sino la bondad de éstos.

ISABEL

Efectivamente, ¿qué importa que sea hija natural si tiene instrucción, talento y honradez?

CONSUELO

¡Ah! y en ese punto lo que también dice Eugenio. ¿Quién como ella podrá sentir é inspirar horror al pecado?

ISABEL

Así es, á nadie como á ella pueden causar espanto las consecuencias de la flaqueza en la mujer.

CONSUELO

Pues ahí tienes. Anoche mismo convinimos en que hoy se vendría. Y te aseguro que me doy la enhorabuena de que Mlle. Josefina tuviera que marcharse á su país. Aquélla no sabía más que idiomas y monerías y ésta sabe de todo. Hay ya institutrices españolas que valen más que las extranjeras.

ISABEL

(Levantándose.) Pues todavía le falta saber algo que yo le tengo que decir.

TERESA

Terminado. Y ahora, si V. quiere, vamos al invernadero para ver si esas hojas tienen la forma que V. dice, ó la que digo yo.

OCTAVIO

Enhorabuena.

TERESA

Pero han de enterarse las mamás de lo que cada

uno sostiene y decidir sobre el terreno para que no haya cuestiones.

ISABEL

¿Nos habéis jurado?

TERESA

Sí, vamos, vamos.

CONSUELO

Vamos allá.

TERESA

(Cogiéndose del brazo de la Condesa.) Mire V., dice...

ESCENA V

Dichos y Eugenio y Lorenzo, con quienes se cruzan y saludan en el foro.

ISABEL

(A Lorenzo.) Doctor...

LORENZO

Condesa...

CONDESA

Vamos al jardín. Pero di, Eugenio, ya será hora..

EUGENIO

Sí, sí, voy á dar la orden.

CONSUELO

Bueno.

ESCENA VI

DICHOS, menos CONSUELO, ISABEL, TERESA y OCTAVIO.

EUGENIO

(Después de haber tocado un timbre, al criado que aparece.) Di á Pepe que vaya al colegio á donde anoche llevó á la señora Marquesa, que avise por medio de Juan y que se aguarde para traer en el coche á la señorita que viene á reemplazar á Mlle. Josefina. (Váse el criado.)

LORENZO

Consumatum est.

EUGENIO

(Después de haber marcado una honda situación.) Sí, ya es un hecho. Dentro de un momento, aquí, en mi casa. ¡Qué felicidad y qué suplicio! Tú no puedes comprender, Lorenzo, cómo se mezclan en mi pecho la pena y la alegría, el deseo y el temor, la satisfacción y el remordimiento.

LORENZO

Lo comprendo, y admiro tu valor.

EUGENIO

Ah! sí, jamás necesitó tanto un general para dis-

poner el comienzo de una batalla, como he necesitado yo para dar esa orden. Pronto atravesará esa puerta, y habré de recibirla ceremoniosamente en vez de gritar, correr y apretarla contra mi corazón: voy á tenerla junto á mí, tan buena, tan hermosa, siempre á mi lado, cerca, muy cerca, y, ya ves, á sus miradas llenas de amor y de ternura, á sus palabras que siempre atraen, sorprenden ó conmueven, tendré que responder con la cortesía y el respeto, mordiendo mis labios para que no la besen, retorciendo mis brazos para que no la opriman, deshaciendo mis manos para que pierdan la costumbre de acariciar los rizos de su frente.

LORENZO

Pues añade el continuo sobresalto, el temor de que Consuelo sorprenda la verdad, el remordimiento de tenerla engañada por tal modo, y comprenderás mi desconfianza en tus fuerzas físicas y morales, para soportar la situación que vienes á crearte.

EUGENIO

Di más bien la que se impone. Ya lo hemos discutido varias veces. ¿Había yo de abandonar á Consuelo y á Teresa para irme con ella? Pues del abandono de mi Margarita ni siquiera se puede hacer cuestión. Entregarla á cuidados mercenarios, aparte los peligros de la honra, sería un asesinato, porque ella no puede vivir sino de afectos, y encerrarla en un convento, tú lo sabes, Lorenzo, crimen de lesa humanidad, porque nadie como ella puede derramar

tantos tesoros en el mundo, ciñendo á sus sienes una corona maternal.

LORENZO

En eso estoy conforme.

EUGENIO

¿Pues en qué no lo estás? ¿En que siga guardando mi silencio? Prescindamos de que la culpa no confesada es como una piedra que ha resistido á las primeras corrientes de la conciencia, las más impetuosas, y que, gravitando con el tiempo, se hunde más y más cada día en el fondo de nuestro ser. Callé cuando más imperiosamente exigía el deber la confesión, al unirme á Consuelo: permanecí mudo todo el tiempo en que sus propios ojos pudieron convencerla de que, si yo tenía otra hija, la madre no era ya más que un soplo de espíritu que sólo centelleaba en miradas y palabras de un cuerpo casi inerte; callé cuando al extinguirse aquella triste vida brotaba con el dolor en mi alma una elocuencia que hubiera sido irresistible; he callado, Lorenzo, veinte años, durante los cuales se ha ido petrificando este secreto, y haciendo más grande y más pesado. Pero supongamos que yo tengo fuerzas para arrancarlo de mis entrañas, subirlo, elevarlo hasta mis labios y dejarlo caer en mis palabras, produciendo el asombro de Consuelo...

LORENZO

Tras el asombro, tendrían que venir el perdón y la piedad.

EUGENIO

¿Pero y la fe, la confianza, la paz, la estimación acaso, y el cariño? Porque ese es el otro bien que yo no puedo resignarme á perder el amor de mi Consuelo. Seré un niño todavía, si tú quieres. Como el niño que contiene hasta la respiración para que no vuele el pájaro, encanto de sus ojos, así he callado yo toda una vida para que á mi vez no se espante el ángel que me acompaña.

LORENZO

El hombre en su juventud...

EUGENIO

Comete infamias de que más que su conciencia le disculpa la infame sociedad. ¡Ah, no! A Consuelo, y ¿quién sabe si á Teresa? La vida mía, que conocen, y mi obra de iniquidad, ahora descubierta, se les ofrecerían como un tranquilo lago, por cuyo fondo se extendía algo monstruoso.

LORENZO

Por Dios, Eugenio.

EUGENIO

Margarita al menos me ha visto sufrir.

LORENZO

Tu excitada fantasía abulta y exagera.

EUGENIO

¿Mi fantasía? Pregunta á los tormentos de mi corazón durante veinte años, contempla el estado de las cosas, y ellos te darán la medida de la culpa.

LORENZO

La medida de la culpa no está en las consecuencias, sino en la intención de las acciones. Además, si tú abandonaste á Margarita, fué por una invencible y noble pasión hacia Consuelo.

EUGENIO

Bueno, bien, te concedo cuanto quieras: merezco el perdón, y Consuelo me lo otorga. Pero, ¿quién me asegura que, hecha mi confesión, Margarita penetraría hoy, como lo va á hacer ahora mismo, por las puertas de mi casa? Al llegar á este punto tú también vacilas. No es lo mismo perdonar, seguir amando y creyendo en un marido, que mirar sin odio el fruto del amor de otra mujer. Tú conoces como las enfermedades del cuerpo la única fiereza del alma de Consuelo. No sé por qué me atormentas todavía dejando de aprobar en absoluto lo que, después de todo, es ya irremediable. (Se sienta).

LORENZO

Es que me aterra, Eugenio, y todavía pudiera remediarse. No te diré yo que Consuelo amase desde luego á Margarita...

EUGENIO

Pues eso basta.

LORENZO

Pero transigiría con ella, y á la postre...

EUGENIO

¿Transigir? No lo sé, ni tú tampoco. Pero era preciso amarla, quererla, respetarla.

LORENZO

Pero ¿crees, insensato, que lo que no hagan tus palabras no han de hacerlo tus obras? ¿Crees que no habéis de venderos?

EUGENIO

¡Ah, no! Estoy acostumbrado á fingir y á dominarme; Margarita tiene espíritu, y por estar junto á mí, junto á su hermana, es capaz de todos los heroismos. Pero si no hay que discurrir; si esta solución ha venido del cielo. Queda sola en el mundo, y cuando yo estaba loco de desesperación ante el horrible problema, se marcha Mlle. Josefina y asalta á mi mente la idea de traerme á Margarita. Y me la traigo, sí; tú me has ayudado; todo se arregló á medida del deseo. Va á vivir conmigo. Temes que el fingimiento acabe con mi salud. Pues te engañas. ¿Y el placer de verla, de hablarle, de tenerla á mi lado!

LORENZO

En fin, Eugenio, que lo has querido y lo has hecho. Todo salga como todos merecéis. Pero qué situación tan extraordinaria y difícil ésta en que vais á vivir.

EUGENIO

¡Ah! (Inclinándose á escuchar como si hubiese oído algo).

LORENZO

Sí, es el coche. Dices que sabes dominarte y mira cómo empiezas.

EUGENIO

(Yendo á salir.) ¡Mi Margarita!

LORENZO

Eso es, corre á abrazarla.

EUGENIO

(Echándose en sus brazos.) ¡Ah, Lorenzo!

LORENZO

Mira, Eugenio: me parece lo mejor retirarnos; que ella empiece por ver á los demás; que la emoción de verte á ti en esta casa sea la última.

EUGENIO

Sí, sí, tienes razón: saldremos luego.—¡Mi Margarita! (Vanse por una lateral derecha.)

ESCENA VII

MARGARITA y el criado que desaparece después de dicha su frase. Aquélla viste de medio luto.

CRIADO

Pase V., voy á avisar á la señora.

MARGARITA

El cielo me favorece permitiendo que me acostumbre poco á poco. ¡La casa de mi padre! ¡Pobre madre mía! Ella me enseñó á quererla.—¡Voy á vivir con él, con mi hermana!... ¡Cuantas veces la han seguido mis ojos por la calle! En la iglesia es donde la he visto más cerca. ¡Cuán fácil me será guiar su corazón teniendo en el mío su sangre! Luego bien que la abrazaré; pero hoy no puede ser. Ya llegan.

ESCENA VIII

DICHA y CONSUELO, TERESA, ISABEL y OCTAVIO

CONSUELO

Bien venida, señorita, ó más bien, mi mejor compañera, puesto que juntas hemos de acabar esta obra mía (Por TERESA) que tengo el gusto de presentarle.

MARGARITA

(A TERESA.) Señorita...

CONSUELO

Mi más íntima y querida amiga, la Condesa viuda de Altamar.

ISABEL

Tanto gusto...

CONSUELO

Y su hijo, D. Octavio.

TERESA

(A Margarita.) Deme V. el sombrero.

MARGARITA

A nadie como á V., porque viene á significar la ofrenda que le hago en este día. He dejado el rigor de mi luto para que entre sus alegrías de hoy no se destacara demasiado el recuerdo de las tristezas.

TERESA

¡Oh! Gracias. (Y va á dejar el sombrero junto al foro.)

CONSUELO

(A Margarita.) Ha hecho V. mal si era su deseo todavía...

MARGARITA

No, señora; estas exterioridades carecen de importancia; pero, aun teniéndola, ¿por qué no habían de

aliviarse mis lutos como se alivian mis penas al ver la dichosa misión que se me confía?

CONSUELO

¿Le gusta á V. la educanda?

MARGARITA

Ah, señora, es un ángel.

CONSUELO

Pero con sus ribetes de diablillo.

ISABEL

Y con sus puntas de mujer, por lo cual tengo yo que dar á V. un encargo.

CONSUELO

(A Margarita, sentándose junto á ella lo mismo que Isabel.) Siéntese.

TERESA

(A Octavio en voz baja.) ¡Qué guapa! Me gusta mucho más que Josefina.

OCTAVIO

(Que contempla con gran interés á Margarita.) Y sobra la razón.

CONSUELO

(A Margarita, que aprovechando el movimiento realizado para sentarse, se ha quitado furtivamente una lágrima de sus ojos.) ¡Oh! ¿Por qué oculta su llanto?

MARGARITA

Perdonen la impertinencia.

CONSUELO

Es natural. Mi amiga sabe...

MARGARITA

Las lágrimas son las niñas más incorregibles. Cuando ellas se empeñan en saltar y correr, es muy difícil evitarlo.

CONSUELO

Es natural. Ha sufrido mucho; entra en una vida nueva...

MARGARITA

Más que por nada, por la felicidad que ahora siento se han arrasado mis ojos. Mis penas casi me halagan; las tengo ya bien lloradas; recordarlas es casi un goce, viene á ser el entretenimiento religioso de mi alma.

CONSUELO

Ciertamente que su pasado constituye una religión. Lo llena una madre mártir.

ISABEL

¿Diez y nueve años enferma?

MARGARITA

Sí, señora; pero ella no sufría por verse de aquel

modo, sino porque yo la viera. Como no puedo hacer nada, me decía, mi pensamiento está siempre libre para hablar con Dios y contigo, aunque no te tenga á mi lado.

TERESA

Sería una santa.

MARGARITA

Lo parecía al menos. Pero porque V. lo dice, y para no hablar más de esto, querría levantarme y darle un beso.

TERESA

Y ciento.

MARGARITA

(Levantándose y dándole un beso, y después otro.) Gracias. Y otro en nombre de ella, porque me parece oírla.

OCTAVIO

(Aparte.) ¡Qué interesante y qué hermosa!

ESCENA IX

DICHOS y MENDOZA

MENDOZA

Heme aquí cumpliendo mi palabra.

CONSUELO

(Presentando.) La nueva institutriz de Teresa. Don Javier Mendoza.

MENDOZA

(Aparte.) Sí, esta cara tan bonita... (A Consuelo en voz baja.) ¿La conocían VV. hace tiempo?

CONSUELO

Nunca hasta ahora. ¿Por qué?

MENDOZA

(Con fingida indiferencia.) No, por nada. Me parecía haberla visto un día, acompañada de una señora, hablando con el Marqués.

CONSUELO

(Algo turbada.) Pues no...

TERESA

(Que ha formado grupo aparte con Isabel, Octavio y Margarita, dice á ésta:) Mientras yo lo aprendo, aquí tiene usted (Por Octavio.) con quien poder hablar el alemán.

OCTAVIO

Tendré sumo gusto...

CONSUELO

(Como si obedeciera á cierto secreto afán.) Teresa, avisa á papá.

TERESA

Aquí viene.

MENDOZA

(Aparte mirando á Margarita.) No me cabe duda.

ESCENA X

Dichos y Lorenzo y Eugenio que salen por donde se fueron

MARGARITA

(A Lorenzo, que se adelanta á saludarla.) A V. debo esta dicha y esta honra.

LORENZO

A sus merecimientos. Yo dije dónde estaban la ciencia y la virtud y fueron á buscarlas.

EUGENIO

Así es, señorita. Dichosos nosotros si conseguimos hacerle agradable su tarea. Va V. á concluir de formar la inteligencia y el corazón de una hija, y excusado es decir el puesto de consideración y afecto que viene á ocupar junto á los padres.

MARGARITA

Gracias, señor.

TERESA

(Cogiendo un ramo de flores de manos del criado, que en este momento entra y se lo entrega, y leyendo la tarjeta que va en aquél.) ¡Ay, de Octavio! Ya me lo esperaba yo.

EUGENIO

(Aparte á Lorenzo.) Era el mayor esfuerzo, y está hecho.

MENDOZA

(Sacando del bolsillo un objeto cualquiera y dándolo á Teresa.) Pues á humo de pajas no dije yo que volvería.

TERESA

¡Ay, muchas gracias! ¡Qué precioso! (Y se va á colocar los regalos en una mesa donde tiene otros.) Margarita, venga V. á ver todos mis regalos. (Van á verlos todos, menos Eugenio y Lorenzo.)

EUGENIO

(A Lorenzo en voz baja) ¡Ah! uno de los martirios en que no había pensado. Cuando sea su día, no la obsequiarán de esa manera.

LORENZO

Yo sí, porque tendré títulos para ello. Pero ya no me vengas con sentimentalismos, y á lo hecho pecho.

ISABEL

(A Teresa y trayéndose del brazo á Margarita hacia el proscenio.) Déjamela, que tengo yo que hablarle. (A Margarita, que se va quedando suspensa ante las palabras que le dirige.) ¿Usted ha visto á mi hijo? Pues es una de las asignaturas. Que hay que enseñarle á Teresa el mo-

do de quererlo. Las dos madres estamos conformes, conque... Sería la dicha de todos.

MARGARITA

Entonces también la mía.

CRIADO

La Sra. Marquesa está servida.

CONSUELO

Pues vamos.

TERESA

También el Sr. Mendoza.

EUGENIO

(A MARGARITA, dándole el brazo.) Hoy me corresponde hacerle á V. los honores.

(LORENZO da el brazo á la CONDESA, OCTAVIO á TERESA, MENDOZA á CONSUELO. Delante de estos desfilan EUGENIO y MARGARITA.)

MENDOZA

(A CONSUELO, en voz baja.) Le encuentro á Margarita, no un defecto, sino un exceso.

CONSUELO

¿Cuál?

MENDOZA

Es demasiado bonita.

CONSUELO

(Como queriendo despreciar la malicia del concepto.) Pues yo pienso que de alma es todavía mejor.

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el anterior

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y TERESA. La primera aparece apoyada en una columna ó en un mueble cualqurera, mirando al jardín; la segunda viene de éste con un libro en la mano

MARGARITA

Poco duró el estudio.

TERESA

Si se vuelve una loca con este dichoso idioma. ¡Qué gente tan rara! ¡Qué afán de separar y dividir! Me dan compasión los verbos alemanes.

MARGARITA

¿Compasión?

TERESA

Pues es claro; si están casi siempre descuartizados; un pedazo aquí, otro allá. ¡Cuidado! en vez de decir «yo le comuniqué la noticia,» venir á decir «yo munique le la noticia co.» ¡Qué atrocidad! Por supuesto, lo aprenderé, para que vea Octavio que puedo hacer tanto como él.

MARGARITA

Pues ya sabe V. que el medio...

TERESA

No, no, todavía no puedo; pero aunque pudiera, no hablaría siempre con V. en alemán.

MARGARITA

¿Por qué?

TERESA

Porque la quiero mucho, y hablando en nuestra lengua, me parece que quiero más.

MARGARITA

Entonces á Octavio...

TERESA

No, no, con él no lo hablo para que no se ría de mí.

MARGARITA

No es su carácter para reírse de quien aprende.

TERESA

Por si acaso. Bien es verdad, que ahora á buen seguro que no había de reírse. Está siempre tan grave. Yo no sé lo que le pasa. Bah, bah, no me gusta la gente seria.

MARGARITA

¿De veras?

TERESA

No le gusta bailar, ni saltar, ni correr. Eso sí, á caballo, es un diablo con alas. No me atrevo á seguirle.

MARGARITA

Pero, ¿y sus demás cualidades? ¿Quién es como él amable, noble, ilustrado, generoso?

TERESA

Bueno, bueno: pero á mí todo eso ¿qué me importa? Usted siempre me habla con una idea, y es inútil, porque yo aseguro que Octavio no piensa en mí. Pero si piensa, y un día se atreve á declarar su pensamiento, le daré calabazas en francés, en inglés, en alemán y en español.

MARGARITA

No, no haría V. eso.

TERESA

¡Vaya! Querría llevarme muy seriamente á su casa y yo estoy muy bien aquí con mis papás y con usted. ¡Paso tan bien mis horas á su lado! Nunca olvidaré la primera mañana que amaneció para las dos en esta casa. ¡Le tomé un cariño desde entonces! No hice, por supuesto, más que corresponder al que yo le había inspirado. ¡Qué ajena estaba usted de que yo la veía! Entró en mi cuarto para despertarme, y á mí me dió por dejarme llamar, apesar de estar despierta.

MARGARITA

Yo que pensaba que aquellos hermosos párpados estaban guardando el sueño de la inocencia, y no eran sino taimados cómplices de una travesura.

TERESA

Veía yo á través de mis pestañas, como á través de una celosía; y V. me miraba, me miraba con un cariño... y arrasados los ojos se inclinó con mucho cuidado, y conteniendo la respiración, me dió un beso en la frente; y entonces yo me eché á reír y á llorar sin saber por qué. ¡Oh! *mademoiselle* Josefina, era tan distinta. Llegaba: «*Mademoiselle Terese, il est sept heures sonnées, mademoiselle Terese, il est sept heures sonnées.*»

MARGARITA

No tendría el alma tan herida como yo.

TERESA

No era tan buena, diga V.

MARGARITA

Ah, no.

TERESA

Y D. Lorenzo, ¿no ha venido todavía?

MARGARITA

Sí, hace ya un rato que entró á ver á la mamá. Aquí sale.

ESCENA II

DICHAS y LORENZO y EUGENIO que aparecen por la lateral izquierda, primer término

TERESA

¿Cómo está?

LORENZO

Perfectamente, gracias; ¿y tú?

TERESA

¡Ay! dispense V., yo preguntaba por mamá.

LORENZO

Pues te aseguro que su salud no ofrece cuidado para olvidar la del prójimo.

TERESA

¿Pero esos insomnios?...

LORENZO

No son nada, tontuela.

TERESA

(Cogiendo del brazo á MARGARITA muy contenta.) Vamos á verla. (Vanse por la puerta indicada.)

ESCENA III

Dichos, menos Teresa y Margarita

LORENZO

Carecen, en efecto, de importancia para el médico, pero la tienen para el amigo, aunque me llames demasiado suspicaz y receloso.

EUGENIO

No te comprendo.

LORENZO

No existiendo, como no existe, causa material de esa perturbación nerviosa, hay que buscarla en lo moral. ¿Habrá sospechado algo?

EUGENIO

No: ¿cómo, ni por qué? ¿Y crees tú que en su carácter guardaría silencio?

LORENZO

No abrigando más que sospechas...

EUGENIO

No, no, si no es posible.

LORENZO

Pues yo te aseguro que en su mirada hay cierto extravío, y allá en el fondo un secreto pensamiento.

EUGENIO

Aprensiones, Lorenzo. Tú empeñado en creer que esta situación es imposible y yo creyéndola más fácil cada día. Ya ves, dos meses trascurridos y todos tan bien y tan contentos. Margarita, es claro, ganando el corazón de todos, haciéndose adorable. Por supuesto, sí, tú tienes muchísima razón; esto es imposible; parece mentira que cien veces no se me haya escapado la palabra *hija*. La imposibilidad de pronunciar este nombre, es el mayor castigo que se puede imponer á un delincuente. Pero no, tengo fuerza de voluntad y ni una sola vez se me ha escapado el alma. Consuelo no sabrá nunca que Margarita es hija mía.

LORENZO

Pero ¿y si cree otra cosa, desdichado?

EUGENIO

¡Otra cosa?

LORENZO

Es claro; existen ideas que no caben en tu mente. Pero yo, acostumbrado á aplicar aunque sea el hierro ardiendo para evitar mayores males, no vacilo en herir tu pensamiento. El imperio de nuestra voluntad no es el mismo sobre todos nuestros órganos: el de la vista es el que menos se somete, que por algo han usado gafas los mejores diplomáticos: serás dueño de tus palabras, pero no de tus miradas; y tú

no has pensado que en tus ojos puede Consuelo sorprender tu amor.—Sí, tu amor á Margarita, que á Consuelo tiene que parecer liviano amor y no afecto paternal.

EUGENIO

Calla, imposible; son cosas que no pueden confundirse, como no se confundirían resplandores del cielo con llamaradas del infierno.

LORENZO

Todo es luz y todo es fuego, y es fácil la confusión.

EUGENIO

¡Qué horror! Calla. Es que entonces yo gritaría diciendo: «Es la hija de mis entrañas.» ¡Pasar ella por mi amante, ella, mi Margarita, ser manchada ni un solo momento por tan infame sospecha! Aquí tienes las que se llaman ligerezas de la juventud. Dar vida á un ser, desgraciado antes que nacido, de tan triste y delicada condición, que hasta el amor de un padre puede deshonrarlo. Pero ¡ah, no! Me atormentas con lo imposible, con lo que no puede ser.

LORENZO

Aplico al espíritu un sistema de grandes resultados en lo material. Sufres atenuadas las consecuencias de esa idea y te preparas para resistirla si con más fuerza viniera á sorprenderte.

EUGENIO

¿Pero ella te ha dicho?...

LORENZO

Nada, absolutamente. Se trata sólo de conjeturas mías. Pero es que yo quisiera que me autorizaras para ir haciendo suavemente lo que al fin tiene que suceder de una manera violenta.

EUGENIO

¿Decir á Consuelo?... No, no: déjame, Lorenzo. En mi corazón no cabe más que esta realidad presente; cualquier otra me parece insoportable, y no he de buscarla yo convirtiéndome en suicida.

LORENZO

(Dirigiéndose á la lateral derecha.) Pues mira, Eugenio, si los insomnios no desaparecen con lo que voy á prescribirle, está prevenido á todo.

EUGENIO

(Cogiendo el brazo de LORENZO y yéndose ambos por la indicada puerta.) Pero si yo no he notado nada...

ESCENA IV

MARGARITA, que reaparece por donde antes se fuera, y OCTAVIO, que viene como de la calle por el foro

OCTAVIO

¡Feliz casualidad! Está V. sola.

MARGARITA

¿Para qué desea V. tales ocasiones si todas han de tener el mismo resultado?

OCTAVIO

Porque al menos espero que tenga V. la benevolencia de escucharme.

MARGARITA

Siempre me honro en ello, aunque deplore...

OCTAVIO

Perdone V., Margarita. La otra tarde, en el jardín, en la conversación general y á propósito de algo que se acababa de contar, V., con su sencillez de siempre, pero á mi parecer con una tristeza en el alma semejante á la del cielo en aquellos momentos últimos del día, dijo estas palabras: «Hay que compadecer á la mujer, cuya posición la presenta á los ojos del mundo como pobre planta que puede pisar cualquiera.»—Usted, Margarita, ¿ha podido acaso sospechar de la honradez de mis intenciones?

MARGARITA

Nunca, jamás hubiera podido confundirlo con esos miserables capaces de abusar de la humildad y el abandono.

OCTAVIO

Pues entonces, ¿es que tampoco me considera usted capaz de hacer dichosa á una mujer?

MARGARITA

Pregunte V. á Teresa.

OCTAVIO

¡Siempre Teresa!

MARGARITA

Ella podrá decirle si yo le considero digno de ser amado.

OCTAVIO

Pero V. me recomienda á las demás y no me acepta para sí, de donde se infiere, porque los hechos son más elocuentes que las palabras, que su estimación no es verdadera.

MARGARITA

¿Que mi estimación no es verdadera?

OCTAVIO

Sí, porque quien estima puede amar.

MARGARITA

Menos cuando la estimación es tanta que no engendra sino el respeto. Teresa, Teresa, por ejemplo, que lleva en su frente toda limpieza, en su corazón toda bondad, en su rostro toda hermosura, ella, por ejemplo, es quien merece que V. la haga su esposa, ella es una de las que pueden amarlo.

OCTAVIO

Siga V., siga V., Margarita, porque oyéndola me parece ver justificada mi disculpable vanidad, la de creer que V. ahoga en su corazón las simpatías que le inspiro por considerarse indigna de mí. ¡Qué error tan grande! ¡Cuántas que tienen limpia su partida de bautismo cambiarían esa pobre ejecutoria por el santo recuerdo que V. guarda de una madre víctima! En V. se juntan á los merecimientos de la virtud las aureolas del infortunio. Para quien piensa como yo, V. es la que tiene que descender, yo el que tengo que subir, si hemos de juntarnos en el cielo de un honrado cariño. ¡Ah, Margarita! (Acercándose á ella apasionado al verla conmovida.)

MARGARITA

No, Octavio, su generosidad es lo que me conmueve, el recuerdo de mi madre lo que me llena de gratitud, algo que no sé decir, lo que me roba la energía; pero yo no puedo amarle. Aquí, en esta casa, donde se me da amparo, cariño y protección, se juntan dos familias idénticas en toda clase de bondades que anhelan estrechar los vínculos del afecto; la unión de V. y Teresa sería ciertamente el más fausto acontecimiento, y yo sería...

OCTAVIO

Pero, por Dios, Margarita; Teresa es una niña angelical que podrá alcanzar con otro toda la dicha que merece; pero ni ella ni yo...

MARGARITA

Bien pueden quererse, y yo debo ser la primera en procurarlo, como sería la más ingrata y desleal si lo estorbara.

OCTAVIO

Eso es demencia, Margarita.

MARGARITA

Aprecio demasiado á V. y á su señora madre para dejar de pensar de esta manera.

OCTAVIO

Por vanas aprensiones y empeños imposibles va usted á conducirme á la desesperación.

MARGARITA

(Yéndose.) ¡Ah, no! V. es razonable. Yo le ruego que no amargue mi existencia.

OCTAVIO

Pero, Margarita...

MARGARITA

(Desde la lateral izquierda, segundo término, por donde se va.) No hay medio, Octavio. (Aparte.) ¡Madre mía!

OCTAVIO

(Viéndola irse.) Huyes de ti misma; me quieres; tú serás mi mujer.

ESCENA V

Dichos, menos Margarita é Isabel, que entra por el foro y sin ser vista al principio por Octavio, observa á éste y mira hacia el interior de la habitación por donde acaba de irse Margarita.

ISABEL

(Aparte.) Es claro, es bien temprano; pero ya sabía yo que se vendría derechito aquí. ¿Y con quién había de estar? Con la santita de pega. (A Octavio.) ¿No me negarás ahora?

OCTAVIO

Nunca te he negado nada desde que me insinuaste tus presunciones.

ISABEL

Entonces ya sé lo que tengo que esperar de tu descaro.

OCTAVIO

¿De mi descaro? Di más bien de mi franqueza. ¿Por qué había de ocultarte un noble pensamiento?

ISABEL

A cualquier cosa llamas tú noble. Es claro, tratándose de puentes, hablas hasta de la nobleza de las curvas; y es porque has olvidado el sentido de la palabra. Pues mira, yo te digo que si en las líneas existe la cualidad de la nobleza, la recta es la más noble y esa es la que tienes que seguir.

OCTAVIO

No pretendo otra cosa.

ISABEL

Es que ha de ser la recta como yo la entiendo.

OCTAVIO

No; como la entiendo yo y como tú misma has de apreciarla, de conformidad conmigo. ¿Qué puedes oponer á lo que ya te tengo dicho con todo mi cariño y con todo el respeto que te debo.

ISABEL

Mi voluntad, puesto que mis razones no te convencen, por lo visto.

OCTAVIO

No, no espero de ti tal actitud.

ISABEL

No, no la esperes, porque ya la tienes. ¡Pues no faltaba más!

OCTAVIO

Considera, madre mía, que no hay país en el mundo donde el hombre á cierta edad no pueda tomar la esposa que le plazca, lo cual demuestra que ante la conciencia universal los padres no deben imponer su voluntad en este punto; y considera que sería muy triste que al estrechar tu hijo vínculos de su corazón, tuviera que relajar los de su sangre.

ISABEL

Eso es declararte en rebeldía. Pues yo veré hasta dónde llega tu valor, porque sobre las leyes escritas hay santas tradiciones y costumbres, y es necesario ver si tú podrás olvidarlas.

OCTAVIO

Pero reflexiona bien.

ISABEL

Nada, nada, está dicho.

OCTAVIO

¡Ah sí! No discutamos en ese tono y menos en este sitio. Permíteme que me vaya. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

ISABEL

Vaya V. enhorabuena, señor mío. ¡Pues no faltaba más! Bueno estaría que yo no pusiera en juego todos mis recursos de madre y de mujer para oponerme á un impulso tonto de su generoso corazón. ¡Si no puede ser buena! ¿Qué le parece á V.? Le doy yo el encargo... y ella pretende alzarse con el santo y la limosna. Pero si ya debía habérmelo enseñado la experiencia en toda clase de negocios desde que soy viuda. Los *apoderados* procuran siempre *apoderarse* de todo.—Hablaré primero á Consuelo... (Va como á entrar por la lateral izquierda, primer término, y aparece CONSUELO.)

ESCENA VII

DICHA y CONSUELO

ISABEL

Hola ¿cómo te va? ¿Has dormido esta noche?

CONSUELO

(Que sale muy pensativa.) Casi nada tampoco. Yo no sé qué me sucede.

ISABEL

Los nervios, hija, los nervios. A mí tampoco me dejan ahora muy en paz. Pero, en fin, ya dormirás: eso no es nada.

CONSUELO

(Sentándose, lo cual hace también ISABEL.) Lo mismo pienso yo.

ISABEL

Vamos á ver, Consuelo, aquí, entre las dos, en confianza. ¿Qué juicio tienes tú formado de Margarita?

CONSUELO

(Con honda y reprimida emoción.) ¿Por qué me lo preguntas?

ISABEL

Tú contesta, y luego lo verás.

CONSUELO

¿De Margarita?

ISABEL

De Margarita.

CONSUELO

Pues quizás he sido la primera en hacerme esa pregunta, y aquí tienes la contestación que yo me doy: Atiende á todos sus actos, á todas sus palabras, al pormenor más íntimo de su vida; observa á todas horas la serenidad de su frente, donde parece que se refleja la pureza de su alma, y te convencerás de que no se la puede juzgar mal, sino obedeciendo á la calumnia ó por maldad del propio pensamiento.— Ahí tienes lo que yo me digo.

ISABEL

¿De suerte que sigues creyéndola una santa?

CONSUELO

¿Y tú?

ISABEL

Yo digo... que es una pájara de cuenta.

CONSUELO

(Con profunda ansiedad.) Pero ¿por qué, Isabel?

ISABEL

¿De manera que tú no has notado nada todavía?

Pues nos está engañando miserablemente. Sobre todo á mí.

CONSUELO

¡Sobre todo á ti?

ISABEL

Como que está seduciendo á mi hijo.

CONSUELO

(Con mal disimulada alegría.) ¿A Octavio?

ISABEL

¿Qué te parece la bendita? Le recomiendo yo que incline el corazón de Teresa, y ella, como tonta, le da la inclinación al suyo. Pero no es eso lo peor, sino que me lo tiene trastornado y él está dispuesto á casarse con ella. ¿Y ahora qué me dices?

CONSUELO

(Levantándose con mal disimulada alegría.) ¿Qué he de decirte, sino que Margarita es buena?

ISABEL

¿Cómo?

CONSUELO

¿Quién puede ya dudarlo ante las dos nuevas razones que en su favor se presentan? Es buena cuando quiere á Octavio, y buena cuando él la quiere á ella.

ISABEL

Mujer, no me faltaba más que esto, oírte disparatar de esa manera, cuando voy á ponerme de acuerdo contigo para combatir un absurdo.

CONSUELO

(Aparte.) ¡Qué horrible momento y qué hermoso rayo de luz!

ISABEL

Aquí viene Eugenio. Lo celebro, porque es necesario que tomemos esto en serio.

CONSUELO

(Aparte contemplando á Eugenio, que sale por donde se fué.) No era posible.

ESCENA VIII

Dichas y Eugenio

EUGENIO

¿De qué se trata?

ISABEL

De una indigna suplantación de personas que para ésta parece no tener otra importancia que la de un cambio de cubiletes.

CONSUELO

Mujer, yo te diré... En fin, Eugenio, que es tan

justo como bueno, apreciará las cosas mejor que nosotras.

ISABEL

Pues nada. Ya sabe V. que mi sueño dorado era que Octavio se casara con Teresa.

CONSUELO

Como hubiera sido nuestro mayor contento si ellos se hubiesen querido. Pero conviene tener presente que nosotros no hemos de imponerles nuestro egoísmo, puesto que cada cual puede ser muy dichoso con una elección distinta verificada por su exclusiva cuenta.

ISABEL

Bueno, bien; eso no quiere decir sino que tú miras la boda con más indiferencia que yo. Estás en tu terreno.

CONSUELO

No; quiere decir que yo he comprendido desde luego que Teresa es todavía muy niña y Octavio un hombre formal.

ISABEL

Que no hubiera estorbos y ya veríamos.

CONSUELO

A eso voy yo á parar, á que no se dé demasiada importancia á lo uno para apreciar lo otro.

EUGENIO

Pero, en fin, ¿qué es ello?

ISABEL

Pues nada. Le había yo dicho á Margarita que Octavio era una de las asignaturas que había que meter á Teresa en la cabeza, y resulta que la señora institutriz se ha guardado para sí todos los conocimientos acerca de mi hijo.

EUGENIO

¡Pero eso es cierto? (Toda esta escena va fiada más que á las palabras, al talento del actor..)

ISABEL

Tengo la seguridad de que se lo sabe de memoria.

EUGENIO

¡Cómo?

ISABEL

No, cuidado, que no hablo en mal sentido, porque lo peor es que Octavio está decidido á casarse.

EUGENIO

¡Llama V. á eso lo peor?

ISABEL

¿Qué duda tiene, Marqués? Bueno sería que uste-

des, mis mejores amigos, pudiesen aprobar el rebajamiento de mi hijo.

EUGENIO

¡El reba...? (Aparte.) ¡Gran Dios!

CONSUELO

No, Isabel, yo me he limitado á decir que, por ser Octavio quien es, la mujer que lo ame y sea por él amada, resulta dos veces enaltecida.

ISABEL

Eso fuera bueno cuando en el presente caso no mediaran por parte de ella la deslealtad y la hipocresía.

EUGENIO

¡Oh! Margarita es incapaz...

CONSUELO

Yo también creo...

ISABEL

Como á ustedes no les llega á lo vivo, no se les ha caído todavía la venda de los ojos. Prescindamos de lo que yo le tengo dicho. ¿No le bastaba ver á esa señorita institutriz que era nuestro ideal el enlace de las dos familias? Pues ¿cómo tiene la osadía?... Vamos, aseguro á ustedes que la que procede como ella no puede ser buena.

EUGENIO.

Por Dios, Condesa: un amor honrado jamás quitó á nadie un ápice de bondad. Al contrario, Consuelo tiene razón; el hecho mismo de querer á Octavio, si efectivamente lo quiere como V. dice, demuestra la excelencia de los sentimientos de Margarita. ¿Y qué culpa puede tener ella de su amor? Ya sabemos que ese árbol jamás lo planta en el corazón la voluntad.

ISABEL

Pero, señor, ustedes hablan como si olvidaran por completo el nacimiento de Margarita. Parece mentira que desde luego no hayan mirado la cuestión bajo ese aspecto.

CONSUELO

Eso ya es otra cosa. Comprendo que para ti el problema es grave, aunque á la verdad...

ISABEL

No, para mí no hay problema, porque no he vacilado ni un momento. ¡Casarse con una bastarda, con la hija de no sabemos quién; con la hija de un pillo, porque tenía que ser un pillo; y, después de todo, con la hija de una mujer...

EUGENIO

¡Ah, no, Condesa! No ofenda V. á la madre de Margarita, porque sería una impiedad impropia de

esos labios; al padre, sí: al autor de aquella desdicha cuanto se le diga es poco. Pero ¿qué culpa tiene la pobre Margarita?

ISABEL

Si no la culpa, tendrá por herencia la ralea. Desengáñese V., con el tiempo será...

EUGENIO

¡Quién, ella, Margarita?

ISABEL

¡Ay, Jesús! ¡Con cuánto calor la defiende V.! Ni que se tratara de su hija. Pero, en fin, aunque sea una santa hasta la muerte, ¿dejará nunca de ser una bastarda? Ese matrimonio es imposible, y tenemos entre todos que evitarlo.

EUGENIO

¿Pero V. está segura?...

ISABEL

Ojalá no lo estuviera tanto.

EUGENIO

Es una desgraciada que vive bajo nuestro techo y educa á nuestra hija. No seríamos buenos si no la defendiéramos como se merece. Pero esto no quiere decir que hayamos de abogar por su casamiento con Octavio.

ISABEL

Necesito más, y es que ustedes me ayuden á impedirlo. Una de dos: ó poner á Octavio tan mala cara, que no vuelva él á poner aquí los pies, ó darle el pasaporte á esa señora institutriz.

CONSUELO

Por Dios, mujer. Lo segundo sería, sobre ineficaz, verdaderamente cruel, y lo primero es imposible.

ISABEL

¡Ah! Pues no hay más remedio. Buenos son estos asuntos para andarse con delicadezas y paliativos. Ó vosotros me ayudáis, ó cometo yo una de *pópulo bárbaro*. ¡Pues no faltaría más! Yo le diré á esa señorita... (Declamando esta frase da algunos pasos hacia la lateral, segundo término, por donde se fué MARGARITA y ve á OCTAVIO acercarse por el foro.) Allí viene otra vez el enamorado doncel. ¡Habrá cinismo? No quiero verlo. (A EUGENIO con mucha vivacidad dirigiéndose á la lateral, primer término.) Empiece V. por decirle la *tessitura* en que yo estoy y el disgusto que á todos nos proporciona. A ver, á ver cómo se presenta.

CONSUELO

Pero, mujer...

ISABEL

Calla, no me hables. (Vanse las dos por la indicada puerta.)

EUGENIO

(Dando expresión al sufrimiento de toda la escena.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA IX

EUGENIO y OCTAVIO

OCTAVIO

(Después de saludar.) Hace poco estuve aquí y me marché sin verle. Vuelvo exclusivamente para hablar con V. (EUGENIO le hace indicación de que se siente, y ambos lo verifican.) Tengo para hacerlo una razón y para apresurarme tengo otra, la de prevenir ó contrarrestar una intemperancia de madre. Se trata de afectos. Los míos son siempre profundos, y esto basta para encarecer el valor de lo que voy á decirle. Yo amo á Margarita. V., seguramente, había adivinado mi amor, cuando no revela la menor sorpresa.

EUGENIO

No lo he adivinado, pero me lo han dicho.

OCTAVIO

Mi madre, sin duda, que lo presintió y á quien yo se lo confesé desde luego. Aquí está la razón de mi apresuramiento. Pero, es claro, que viviendo en su casa Margarita, siempre hubiera manifestado á usted el propósito que me anima. No necesito hacer

protestas de mi cariño filial; V. me conoce bien. Pero hoy no puedo menos de mostrarme en oposición con mi madre. (Con acento investigador.) Ella sin duda ha sido la primera en revelar esta oposición.

EUGENIO

Sí.

OCTAVIO

Pues bien, Sr. Marqués; yo quiero que sepa usted, como jefe de esta casa, para su gobierno y su conducta respecto á Margarita, que está bajo su autoridad y en cierto modo bajo su amparo, y respecto á mí, que soy su amigo, que mi propósito es tan firme como honrado, que mi derecho es indiscutible, y que, apesar de mi madre, por doloroso que esto sea, me uniré á Margarita si ella quiere.

EUGENIO

(Después de dominar el gozo profundo que le causan las palabras de Octavio.) Pero V., Octavio, ¿ha meditado bien las razones en que su madre se apoya?

OCTAVIO

Durante largos años, porque en general siempre he creído que la honra la da la vida, como puede alguna vez darla la muerte, pero jamás el nacimiento. Y aunque así no hubiera pensado desde que tengo uso de razón, Margarita hubiera sido para mí el ángel revelador de tan hermosa idea.

EUGENIO

(Con voz entrecortada y después, acaso, de quitar furtivamente una lágrima de sus ojos.) Pero diga V., Octavio, porque á mí se me ha dado el encargo de hacerle estas consideraciones, ¿y si la Condesa opone una extremada resistencia?

OCTAVIO

El acatamiento á la voluntad de los padres tiene como todo un límite. Ya he dicho á V. que, por doloroso que me fuera, á su pesar realizaría mi proyecto.

EUGENIO

(Aparte) Yo debiera abrazarlo y confesarle todo.

OCTAVIO

Además, una idea me consuela. Conozco el carácter de mi madre y creo que, consumados los hechos, ha de reconocer en Margarita la más digna compañera de su hijo.

EUGENIO

Quizás, quizás, máxime sabiendo...

OCTAVIO

(Apasionado y sin fijarse en lo que fuera á decir Eugenio.) Crea V., D. Eugenio, que mi felicidad no depende sino de la voluntad de Margarita.

EUGENIO

¿Pero ella?...

OCTAVIO

Me rechaza todavía con las palabras, si bien me figuro, aun á riesgo de parecer presuntuoso, que me acepta con su corazón. A ella la detienen consideraciones que yo sé que para ustedes carecen de importancia. ¡Ah, si V. quisiera hacer oficio de padre, ya que se trata de una desdichada huérfana que viene á estar bajo su protección! ¡Si V. quisiera sondear discretamente su alma y desvanecer sus aprensiones! Yo le viviría eternamente reconocido, porque pienso que, si V. ó la Marquesa no la animan, Margarita, por humildad, es capaz de sacrificar su corazón y el mío. ¡Si V. comprendiera mi vehemencia, mi ansiedad!

EUGENIO

Pero, ¿qué dirán si yo me convierto en patrocinador de sus deseos?

OCTAVIO

Absolutamente nada si formamos secreta liga contra inhumanas preocupaciones. (Diciendo esto y estrechando la mano de EUGENIO, se han oído risas de TERESA y la voz de MARGARITA, por la lateral izquierda segundo término, hacia la cual se dirige OCTAVIO.)

EUGENIO

(Aparte.) Si no existieran los buenos, sería eternamente irreparable el daño producido por los malos.

ESCENA X

Dichos y Teresa y Margarita.

TERESA

(Desde dentro.) Serán muy bonitos los versos alemanes, pero á mí no me conmueven. (Saliendo á escena declama burlescamente los siguientes versos que vienen á pronunciarse como están escritos.)

Treue libe bis sum grave
Schver ij dir mit jerts und jand.

OCTAVIO

¡Tanto progreso!

TERESA

Si hubiera sabido que estaba V. aquí... (Forman grupo los dos y hablan en voz baja.)

EUGENIO

(Aparte.) He pasado por todos los tormentos del infierno para entrar en el cielo de improviso. ¡Oh sí! cuando sepa la Condesa... (A Margarita en voz baja.) Respóndeme, Margarita. ¿Crees tú que Teresa ame á Octavio?

MARGARITA

No ha brotado todavía en su corazón el sentimiento del amor.

EUGENIO

Entonces no hay conflicto. Él acaba de decirme que te idolatra. Si tú le amas puedes ser dichosa. ¿Qué me respondes?

MARGARITA

Pero, padre mío...

EUGENIO

Él te quiere y yo estoy aquí para asegurar tu dicha. Desecha todo temor y descúbreme tu alma. Ninguno como él hubiera yo escogido para ti.

MARGARITA

Entonces...

EUGENIO

¿Le amas?

MARGARITA

A mi pesar, padre mío.

EUGENIO

Ese es el amor que él se merece, el que se impone á la voluntad. (Eugenio le estrecha la mano, lo cual ve Mendoza al entrar, aunque no es esto indispensable; pues basta que observe el íntimo y apartado grupo que forman.)

ESCENA XI

DICHOS y MENDOZA

MENDOZA

(Después de hacer notar que se fija en los dos grupos.) Señores. (A EUGENIO, dándole la mano.) Nuestro negocio marcha. Más de cincuenta acciones colocadas. (A OCTAVIO en voz baja al darle también la mano.) Bien se aprovechaba el tiempo; pero á fe que el Marqués no estaba perdiendo el suyo.

OCTAVIO

(Aparte.) ¡Qué dice este miserable?

ESCENA XII

DICHOS é ISABEL y CONSUELO

ISABEL

(Desde dentro.) Sí, sí, me voy.

EUGENIO

(A OCTAVIO en voz baja, pasando junto á él.) No estaba V. equivocado.

OCTAVIO

¿De veras? (Aparte y refiriéndose al MARQUÉS.) ¡Y es él quien me lo dice! (Aludiendo á MENDOZA.) ¿Qué infierno ha traído á mi pensamiento ese malvado?

(Mientras OCTAVIO dice este aparte, se determina la siguiente situación: ISABEL, después de saludar á MENDOZA, va derecha al Marqués como á preguntarle lo ocurrido, sosteniendo con él, en voz baja, un vivo diálogo; MARGARITA, venturosamente emocionada, forma grupo con TERESA; OCTAVIO mira alternativamente á MARGARITA, al Marqués y á MENDOZA, revelando la tempestad que este ha levantado en su alma, y MENDOZA y CONSUELO sostienen, en voz baja, el diálogo siguiente:)

MENDOZA

Si yo fuera interesado podría exigir hoy la ganancia de una apuesta.

CONSUELO

¿Por qué?

MENDOZA

¿No decía V. que nunca podría justificarme, y que todo era malignidad y afán de mortificarla, cuando yo le sostenía haber visto al Marqués con Margarita antes de venir ella á esta casa?

CONSUELO

Y ya lo repito verdaderamente convencida, arrepintiéndome de haber dudado alguna vez y de haber insistido en mis preguntas.

OCTAVIO

(Aparte.) ¡Imposible... y sin embargo...

MENDOZA

Pues ahí tiene V.: hoy puedo justificarme. Le oí

yo decir á Margarita que había vivido en la calle del Escorial, núm. 40, y habiendo tenido que ir allí precisamente, la casualidad me ha hecho saber que el Marqués la visitaba con frecuencia. De modo, que vea V. cómo se explica... Por supuesto, que el hecho puede ser el más inocente y natural del mundo. Yo lo digo sólo...

CONSUELO

(Después de haber revelado una profunda impresión, y volviéndole la espalda con desprecio.) Gracias, Mendoza; aprovecharé la noticia guardando de V. siempre el recuerdo que merece.

MENDOZA

Pero, Marquesa...

CONSUELO

(Aparte.) ¡Será posible, señor?

MENDOZA

(Aparte.) Bien puede hacerse grato con el tiempo.

ISABEL

(A Eugenio.) Bueno, bueno, hablaremos despacio; pero no habrá razón que me convenza. Adiós (A todos en general.) Adiós. (Vase.)

CONSUELO

(Aparte retirándose á su habitación.) Iré, iré yo misma.

MENDOZA

(A Eugenio, formando grupo con él.) Pues sí, más de cincuenta acciones colocadas.

OCTAVIO

(Aparte y cogiendo el sombrero.) ¡Ah! Yo te esperaré en la calle, miserable, porque aquí no puedo más, y tú verás lo que me has dicho.

EUGENIO

(A Mendoza.) Sí, sí; pero lo haremos mañana.

MENDOZA

Bien, es lo mismo.

OCTAVIO

Sr. Marqués, con su permiso me retiro.

MENDOZA

Le acompaño, querido Octavio, si no lo lleva á mal.

OCTAVIO

(Con fiera alegría.) Todo lo contrario, Sr. Mendoza. (Los dos se ofrecen el paso con mucha finura por el foro, y desaparecen, produciéndose con mucha rapidez el resto del diálogo.)

MARGARITA

(A Eugenio en voz baja.) ¿Pero no es un sueño?

EUGENIO

¿Por qué había de serlo tu felicidad? Ya te convencerás así que hablemos.

TERESA

(Medio para sí, reparando en MENDOZA, que no consiente salir sino detrás de OCTAVIO.) ¡Qué fino! Pero á mí casi nunca me saluda.

MARGARITA

(Aparte.) Tú lo haces todo, madre mía.

TERESA

(Desde la puerta del foro, yendo luego junto al Marqués que la llama.) Que á V. le vaya bien, Sr. Mendoza.

EUGENIO

Niña.

MARGARITA

(Aparte.) Por algo te veo siempre vigilante, sentada en un rincón de silenciosas nubes.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los anteriores. Es de día

ESCENA PRIMERA

TERESA y MAGARITA, aquélla tocando el piano, ésta sentada y pensativa

TERESA

(Dejando de tocar y acercándose á MARGARITA.) Me he equivocado tres veces y no me ha dicho nada.

MARGÁRITA

No he notado...

TERESA

Porque desde esta mañana está muy distraída. En algo piensa V. que no me dice.

MARGARITA

Siempre se piensa en algo, pero no siempre se ha de hablar. Y no será porque á mí me falte el deseo de comunicarle todos mis pensamientos.

TERESA

(Con aire afectadamente serio.) Entonces seré yo también franca y leal y le diré el pensamiento con que me voy ahora solita al jardín.

MARGARITA

¿Con cuál?

TERESA

Es un secreto.

MARGARITA

Veamos.

TERESA

Voy á ver... á mi novio.

MARGARITA

¡A su novio! (Sonriendo.)

TERESA

Ah sí. ¿Cree V. que no? Y que se llama... Octavio.

MARGARITA

¡Cómo?

TERESA

¿No desea V. que yo le quiera? Pues le quiero, y mucho, sino que hasta ahora no he sabido cómo decírselo á él, ni á V. se lo he querido confesar.

MARGARITA

¡Pero eso es cierto, Teresa?

TERESA

(Dando una carcajada.) Mi novio es un pájaro al que yo le he puesto ese nombre. Todas las tardes viene y se coloca en el árbol que hay detrás del cenador.

¡Es tan bonito! ¡Me gusta tanto mirarlo! Y no se espanta de mí cuando lo miro casi á dos metros desde la ventana. Pía de vez en cuando, es algo serio, y le he puesto el ilustre nombre de Octavio. Suele también venir otro, que se me figura que es hembra, y también le he bautizado: le he puesto Margarita. Yo no sé si serán una pareja; pero como Octavio no se asusta de mí y me atiende cuando le hago así: (Imita el silbido especial con que se acaricia á los pájaros) digo que es mi novio.

MARGARITA

Coincidencia original la de esa historia de pájaros, con lo que pudiera suceder entre las personas. Pero por lo mismo que las cosas coinciden, podemos hacer una experiencia. Si Octavio, el pájaro, no hiciera caso de V. y se fuera para siempre con Margarita, la de plumas, V. sentiría pena y rabia, celos, puesto que lo quiere como á novio. ¿Le sucedería lo mismo si Octavio, el hombre, se casara con otra?

TERESA

¡Qué me importaba? Al contrario, me alegraría; y si era con una Margarita como V., mucho más. Ustedes sí que formarían la gran pareja.

MARGARITA

(Aparte.) ¡Qué felicidad, Dios mío! Pero ¿quién le dice nada todavía?

CRIADO

(Que atraviesa la escena mientras MARGARITA dice lo anterior y

llega á la puerta de la habitación de CONSUELO.) Señora, el coche está dispuesto. (Vase el CRIADO; TERESA y MARGARITA hablan en voz vaja.)

ESCENA II

Dichos y CONSUELO, que aparece acabando de ponerse con agitación un abrigo, una mantilla ó un sombrero.

CONSUELO

(Aparte.) No lo concibe mi razón, lo repugna mi conciencia, mi propio corazón protesta, y, sin embargo, este demonio de los celos que en el alma tengo le da fe al villano y ridículo Mendoza, y llega á creer en todo. Casi me avergüenzo, pero voy. Yo necesito la verdad, por espantosa que sea.

TERESA

(Con mimo.) ¿A donde vas?

CONSUELO

A hacer una visita. Tengo prisa. Adios.

TERESA

¿Vendrás pronto?

CONSUELO

Sí. (Vase por la derecha del foro, y TERESA hace otro tanto por la izquierda, despidiéndose graciosameute con la mano, de MARGARITA.)

ESCENA III

MARGARITA

¡Ah! ¡Qué cambio de horizontes en tan pocas horas! Tengo una ansiedad por hablar á solas con mi padre y saber... Pero sin saber nada todo lo presiento. ¡Qué felicidad! La familia, el hogar... ¡Qué ideas tan hermosas! Octavio... ¡qué noble esposo! Esa, esa es la vida. ¡Y yo más feliz que ninguna! Yo podré decir á mi madre, que vivirá en el cielo con la misma amargura que en la tierra: «¿No temías que por tu falta, por la ilegitimidad de mi nacimiento, no hubiese un hombre digno que me hiciera su esposa?» Pues aquí tienes al más digno de todos que me lleva á los altares; aquí tienes á tu hija dignificada, tu falta redimida; contémplame dichosa, honrada, con la misión augusta de la mujer en el mundo, sentada en el trono de un hogar, cercada de respetos, guardando el bien y el honor de una familia; y ahora, está tranquila, que tu hija sabrá guardarlos y tu caída no habrá sido origen sino de santos martirios y de ejemplares virtudes.

ESCENA IV

DICHA y LORENZO

LORENZO

Hola, Margarita.

MARGARITA

(Con alegría.) D. Lorenzo.

LORENZO

¿Y la Marquesa?

MARGARITA

Acaba de salir.

LORENZO

Hombre, ¡la enferma!

MARGARITA

Dijo que iba á hacer una visita.

LORENZO

No, si aunque fuese á los toros no habría peligro. Al contrario; para dormir bien y combatir el desvelo, cansarse es lo que conviene.

MARGARITA

(Con acento de cariñosa broma.) ¿Quiere V. que llame al señor Marqués?

LORENZO

¿Está?

MARGARITA

(Después de dacer un signo afirmativo, se acerca á la habitación de EUGENIO y dice con cierto énfasis:) Sr. Marqués.

ESCENA V

DICHOS y EUGENIO

EUGENIO

¡Estás contenta cuando así me llamas no habiendo nadie?

LORENZO

¿No soy yo nadie?

EUGENIO

(A LORENZO, con vehemencia.) Hay novedades, Lorenzo, que no puedes imaginar. Mi Margarita va á casarse, á ser dichosa, y todo va á resolverse felizmente. Con Octavio.

LORENZO

¡Con Octavio?

EUGENIO

Sí: todo es revelación de hace cuatro horas, durante las cuales ha pasado sobre mí un siglo de sentimientos y de ideas. Esta mañana me habló Octavio. Su propósito es como suyo, honrado é inquebrantable. No podrá estorbarlo la oposición de su madre, que precisamente momentos antes me había revelado su actitud.

MARGARITA

¡Pero la Condesa lo sabe y se opone?

EUGENIO

Sí; mas no temas. La Condesa al fin consentirá. Verás cómo Lorenzo piensa lo mismo que yo. Yo sería el primero en no querer que contra la voluntad de ella os casarais. (A Lorenzo.) Sabes que Isabel suspiraba porque su hijo y Teresa... (Lorenzo hace signos afirmativos.)

MARGARITA

Bien que yo he procurado secundar su empeño.

EUGENIO

Todos lo hemos visto. Pero, ni él ha pensado en Teresa, ni ella, que es una chiquilla, ha pensado en él. No hay problema. Mas por eso y por lo triste de la cuna de mi Margarita, Isabel ha declarado la guerra á este matrimonio.

MARGARITA

Y tiene razón. Él se merece otra mucho mejor que yo.

LORENZO

¿Dónde está? Eso de que tiene razón es un absurdo.

EUGENIO

Pero, atiende, Lorenzo. Tú verás mi esperanza. La Condesa juzga á Margarita como á la hija de un cualquiera, de un malvado. ¡Ah! bien que le hubiese

hecho callar si no hubiera estado delante mi Consuelo. Pero sigue ignorando todo, lo mismo que Octavio, á quien, por móviles muy distintos, hubiera querido confesárselo. Dejé de hacerlo no sé por qué, porque llegaron éstas, por precaución acaso hasta saber si Margarita le quería. Ella luego me ha dicho...

LORENZO

Lo supongo. No hay más que verla.

EUGENIO

Pues bien, Lorenzo, ¿tú no crees que en sabiendo la Condesa?...

LORENZO

No lo creo; lo afirmo: en cuanto sepa que es hija tuya, les echa las bendiciones. Pero, ¿quién pensara que desde esta mañana acá?...

EUGENIO

¿Verdad, Lorenzo, que así lo crees? Yo ya le he dicho que tenía que hablarle.

MARGARITA

No, no; es necesario renunciar...

LORENZO

¡Cómo?...

MARGARITA

Sí. No quiero que mi padre sufra una negativa.

Presiento que la Condesa ha de oponerse siempre. No hablemos del nacimiento: no echando en la balanza sino otra clase de condiciones, el fiel se inclinará siempre del lado de Octavio. Se necesita mucho para equilibrar el peso de sus méritos.

LORENZO

A ti te sobran, inocente.

MARGARITA

¡Ah, no! y menos á los ojos de una madre. Quiero á todos demasiado para enturbiar sus vidas. ¡El matrimonio!... Para que el matrimonio sea santo, tiene que ser la conjunción de todos los amores y de todas las voluntades, de suerte que no se levante una familia sobre la destrucción y las lágrimas de otra. El que busque la luz no debe ir acompañado de las sombras, ni el que busque la dicha seguido de tristezas. Octavio tiene derecho á una felicidad completa, y su madre lo tiene á procurársela, como también á ser dichosa. Y una madre es sagrada. No seré yo quien lo arranque de sus brazos para amasar mis alegrías con sus penas.

EUGENIO

¡Hija de mi corazón!

LORENZO

Hija tuya, sí, en los extremos. Todo eso nace de un supuesto falso.

MARGARITA

¡Ah, no!

LORENZO

Usted se calla, señorita, porque este asunto no le pertenece. Esto va á asegurar la paz y la tranquilidad de todos. Usted se va á su casita con Octavio; su papá va allí también siempre que quiera y se la come á besos, y ya no hay peligro de que Consuelo sorprenda nada, ni averigüe nada, ni sienta amargada su existencia, ni amargue la de los demás.

EUGENIO

Cierto.

LORENZO

Y no hay que abrigar ningún temor. La Condesa es buena; su carácter es impetuoso, pero su corazón de oro; ella quiere á los de esta casa como á su propia familia, y estoy seguro de que en sabiendo la verdad, los sentimientos de su alma han de ser más poderosos que las preocupaciones de su mente.

EUGENIO

¿Tú lo crees, Lorenzo?

LORENZO

¡Oh, sí! En la cuna de Margarita no verá sino á la hija inocente del amigo, casi del hermano.

MARGARITA

¡Ah! ¡si sucediera así!

LORENZO

Yo te lo fío, Margarita. Tú no sabes, además, lo que es esta gente á quien tú perteneces, esta raza de aristócratas. Un hijo natural de un plebeyo, despreciable, un paria; pero de un aristócrata, eso ya es otra cosa. Si en ellos es casi un lujo, una gala el tenerlos. El hijo de un grande siempre es grande. Verán en tí una especie de D. Juan de Austria con faldas. Nada, nada, ¡soberbio! todo salió mejor que el deseo lo esperaba.

ESCENA VI

Dichos é Isabel, que entra precipitadamente por el foro.

ISABEL

No está Consuelo: bueno. ¿Quién de ustedes se viene conmigo á ver al Gobernador? Octavio se bate con Mendoza y es necesario evitarlo, pues, aunque estoy segura de que mi hijo había de zurrarle, no quiero que se exponga.

EUGENIO

¿Pero cómo?.,.

ISABEL

Lo he sabido afortunadamente.

LORENZO

¿Mas por qué?...

ISABEL

No lo sé de un modo positivo; pero sin duda cuestión de faldas. Como ese necio de Mendoza es tan enamorado y tan hablador, y además hay mujeres (Mirando con marcada intención á MARGARITA.) que dan lugar á tantas cosas. La cuestión ha sido hoy mismo al salir de aquí. Mi hijo le dió en la calle una bofetada. Tal vez sepa el motivo la señorita Margarita.

MARGARITA

(Que ya quedó sobrecogida al oír lo del duelo y que luego comprendió la alusión de la CONDESA, herida profundamente por la últimas palabras que ésta subraya, cae acongojada en un asiento después de decir el monosílabo siguiente, acudiendo á ella D. LORENZO.) ¡Yo?

EUGENIO

(Acercándose á la CONDESA le dice con acento solemne y reconcentrado.) Margarita no se casará con Octavio, pero Margarita es sagrada en esta casa, porque Margarita es hija mía.

ISABEL

¡Hija suya?

EUGENIO

Consuelo no ha de saberlo, porque sería la desventura de todos.

ISABEL

¡Su hi!... (Transición.) ¡Jesús, qué hombres tan pillos! (Acudiendo á MARGARITA con la mayor ternura.) Margarita, hija mía, perdóneme V. La juzgaba bajo ideas tan distintas de las que tengo ahora. ¡Qué cosas tan extraordinarias, Virgen Santa! Margarita, hija mía, perdóneme V. Vamos á ser todos muy felices, ¿Verdad que V. no quiere que nuestro Octavio se bata?

EUGENIO

(A ISABEL estrechándole la mano como quien ve cuanto desea en las últimas palabras.) ¡Ah, Isabel!

ISABEL

(Quitándose una lágrima con viveza.) Sí, sí, es necesario evitarlo, porque á veces no sirven ni la destreza ni el valor. Hay tiempo; son las cuatro, y el duelo es á las cinco. Gracias á que estoy en autos de todo por este anónimo (Refiriéndose á la carta que lleva en la mano.) y á que Mendoza es el primero en desear que se impida, ¿De quién sino de él había de ser el anónimo? Ya en otro lance se portó como un cobarde. Pues que ahora retire sus palabras; mi hijo retira su bofetada; se extiende un acta y en paz. Al seguro lo llevan preso.

EUGENIO

Pero ¿por qué habrá sido?

ISABEL

Aquí sólo dice que por supuestas injurias.

LORENZO

(A MARGARITA ya repuesta.) ¿Tú sabes?

MARGARITA

¡Yo qué he de saber! Salieron juntos y al parecer tan amigos.

ISABEL

Nada, nada, lo que importa es evitar el duelo.

EUGENIO

Positivamente.

ISABEL

Usted, doctor, se va á buscar á Mendoza.

LORENZO

(Cogiendo el sombrero.) Sí que voy.

ISABEL

(A EUGENIO que hace lo mismo que LORENZO.) Usted á Octavio. A ver si eso se arregla. Pero yo por si acaso me voy sola á ver al Gobernador. Margarita está ya bien y se alegra de que nos vayamos. ¿No es verdad, hija mía?

MARGARITA

Sí, sí, no pierdan tiempo.

ISABEL

Vamos, vamos. (A TERESA que aparece por el foro, dándo-

le un beso.) Adios, hija mía, vamos á un asunto. (Aparte en el momento de salir mirando á Teresa y Margarita.) ¡Si son dos gotas de agua! ¡Si debía yo haberlo comprendido. (Vanse.)

ESCENA VII

Teresa y Margarita

MARGARITA

(Aparte.) No se batirán. ¿Qué causa?... Lo impedirá su madre. ¡Dios mío! y yo creo que mi padre le ha dicho... y que ella... Todo me parece un sueño.

TERESA

Todos se van de un modo tan especial y V. se queda tan preocupada... ¿Sucede algo?

MARGARITA

La Condesa necesitaba al papá y á D. Lorenzo para un asunto urgente, y yo... no estoy preocupada.

TERESA

¡Oh! sí que lo está, y mucho, y triste. No me lo niegue V.

MARGARITA

Pues no sé; porque si tengo motivos de tristeza, también los tengo de alegría

TERESA

¿Y no me los quiere decir? ¿No merezco yo su confianza?

MARGARITA

¿Mi confianza? Sí, toda entera. Pero hay situaciones, Teresa, en que, por más que se suba el corazón á la boca, no puede salir y se tiene que volver al pecho.

TERESA

¿Pues qué le impide hablar?

MARGARITA

Mil razones, Teresa; pero yo le aseguro que tiene toda mi confianza, que la quiero mucho, mucho, y que ha de saber de mis propios labios cuanto á mí concierna y sea posible declarar.

TERESA

No sé qué efecto me producen este misterio y el tono con que me habla.

MARGARITA

Esté usted tranquila. Pero para juzgarme acaso pronto, ha de tener presente una cosa, ha de recordar la sinceridad y el verdadero empeño con que yo he procurado interesar su corazón por Octavio.

TERESA

Pues, si hay quien lo duda, yo daré fe de la ver-

dad. ¡Ya, ya! Pero ¿qué tiene eso que ver?... Señor, usted está muy agitada. Aquí pasa algo malo que no me quiere decir.

MARGARITA

No, Teresa, no.

TERESA

Sí, si hoy tiene que ser un día de disgustos; si parece que aquello fué un presagio. Estaba Octavio tan trnquilo en su rama, piando, tan contento, y de repente cayó sobre él un pajarraco y se lo llevó entre sus garras.

MARGARITA

¡Qué?

TERESA

Cayó como una exhalación. Lo habrá matado al pobrecillo.

MARGARITA

Calle por Dios, Teresa. (Esta se queda sobrecogida al ver cómo dice su última frase (MARGARITA)

ESCENA VIII

DICHOS y CONSUELO y OCTAVIO, que entran del brazo y con aire sombrío é imponente.

CONSUELO

(A OCTAVIO en voz baja, dejando su brazo.) Gracias, Octavio; ya puedo tenerme. Mis dolores y flaquezas han huí-

do para dejar paso á mis venganzas. Pero crea usted, que soy la mujer más infortunada de la tierra. En usted este caso inaudito mata la ilusión de un día; en mí destruye la existencia entera.

OCTAVIO

Refúgiese usted en el amor de Teresa, como yo me refugiaré en el de mi madre.

CONSUELO

¡Oh! ¡cuánta razón tenía ella! (Mirando á MARGARITA.) ¡Qué cinismo! No hay castigo bastante.

TERESA

¿Vienes mala, mamá?

CONSUELO

No, hija.—Margarita.

MARGARITA

(Que quedó suspensa, entre gozo y extrañeza viendo entrar á OCTAVIO con la MARQUESA.) Señora

CONSUELO

Está entrada la tarde y antes de que acabe el día es necesario que haya V. salido de esta casa. No tengo que decirle la prisa que ha de darse.

MARGARITA

¡Arrojarme!

CONSUELO

(Yéndose hacia su habitación.) Hasta de muy distinto modo si se detiene un solo momento.

TERESA

Pero ¿por qué, mamá? ¡Tan buena! ¡Tan desdichada!

CONSUELO

(Rompiendo á llorar y abrazando á TERESA.) Hija mía, más desdichada es tu madre.

MARGARITA

(Aparte.) ¡Qué? ¡Ha descubierto?...

TERESA

¿Tú, madre mía?

CONSUELO

Por lo que no he de decirte; pero sí, más desdichada. (Vanse madre é hija abrazadas y llorando.)

ESCENA IX

DICHOS, menos TERESA y CONSUELO

MARGARITA

(Siguiendo á la MARQUESA y en tono suplicante.) Señora..... (Transición.) ¡Pero no! Esto es por algo que yo no alcanzo á comprender. (Volviéndose á OCTAVIO que está como

queriendo irse y retenido por fuerza superior.) ¿Por qué me arrojan cuando V. no me defiende? ¿Qué horror me envuelve? ¿Qué sombras me rodean? ¡V. impasible ante esto que me sucede? ¡Dios mío, Dios mío! yo pierdo la razón! (Viendo que se va OCTAVIO.) ¿Se va V. sin acusarme siquiera para que pueda defenderme?

OCTAVIO

Sí, porque casi estoy ya dudando de la realidad que acabo de tocar, y esto es un principio de vileza ó de locura.

MARGARITA

¡De vileza?

OCTAVIO

¡Qué sería perder el criterio de la razón, negar fe á todo testimonio y otorgarla sólo, por flaqueza del alma, á las palabras de una mujer?

MARGARITA

Sería piedad, nobleza, todo lo que corresponde á un carácter generoso.

OCTAVIO

¡A un carácter generoso?... ¡Ah! con eso cuenta siempre toda maestra en falsedad. Bien se habrá reído de mi crédula condición. Con suprema sabiduría se producía V. de modo que mi fe se agigantaba por momentos. (Con profunda ironía.) Y ya el Marqués tuvo á bien darme la seguridad de su cariño... (Transición.) Pero ha llegado á tiempo la voz de la verdad.

MARGARITA

De la calumnia, diga V.

OCTAVIO

Lo dije al escucharla, y aún hice mucho más, pero luego...

MARGARITA

¡Ah! ¿Tal vez su desafío?... (Octavio queda sorprendido.) Sí; lo sé; la Condesa lo ha dicho; acaba de irse.

OCTAVIO

¿Lo sabe? ¡Oh! (Va como á irse.)

MARGARITA

No, no, por Dios. (Interponiéndose.)

OCTAVIO

¡Usted se atreve á detenerme? ¡Usted, la linda joven que habitaba en la calle del Escorial? ¡Usted la que recibía con frecuencia la visita de un Marqués? ¡Usted, la que ha tenido el valor de introducirse en esta casa? Sí, allí nos hemos encontrado la Marquesa y yo, arrastrados por el mismo afán. Yo señalé el rostro del revelador de tanta infamia; pero él me dejó la duda clavada en el alma, y antes de acudir al duelo no he podido menos de ir á saber si usted era un ser humano ó un aborto del infierno.

MARGARITA

(Que ha escuchado presa de indescriptible horror.) ¡Y la Marquesa?...

OCTAVIO

Salió de allí tan convencida como yo y será desgraciada mientras viva. Yo al Marqués lo desprecio, porque es lo único que puede hacerse con ese digno compañero de V.

MARGARITA

¡Oh! basta, que injurias que no llegan, caen sobr el ofensor y no podrá V. lavar en un duelo la mancha que se causa por sí propio. (Como para sí.) Mil veces, mil veces antes, la verdad. Pero, ¿es posible, Dios mío, que bajo sus frentes quepa tan infame pensamiento? ¡Yo! ¡yo!... (Y se apoya en cualquier parte, presa de nervioso llanto.)

ESCENA X

DICHOS y EUGENIO

MARGARITA

(Ve á EUGENIO aparecer por el foro, y echándose en sus brazos, le dice como á la actriz se lo inspire su talento.) Padre mío, mira lo que dicen, que yo soy tu manceba.

OCTAVIO

¡Su hija?—Perdón, perdón, Margarita.

EUGENIO

(Después de una pausa que el actor sabrá llenar, y teniendo entre los brazos á MARGARITA.) Yo no sé si ella te perdonará; de mí sé decir que no lo haría, si sobre mí no tuviera el peso de tanta culpa.

MARGARITA

Debemos perdonarlo, porque sólo en Dios se cree, aunque lo envuelva el misterio.

OCTAVIO

¡Ah, Margarita!

ESCENA XI

DICHOS é ISABEL y LORENZO

ISABEL

¡Mi Octavio! Aquí está.—Buenas horas me has hecho pasar. Pero tú, ¿por qué quieres batirte con ese mamarracho de Mendoza?

OCTAVIO

Porque era necesario arrancar y pisotear su lengua.

EUGENIO

¿De él sin duda partió la infame calumnia?

OCTAVIO

De él.

ISABEL

Pero ¿qué calumnia?

EUGENIO

La de que mi hija era mi manceba.

LORENZO

¡Cómo? (Y habla en voz baja con EUGENIO.)

ISABEL

(Abrazando á MARGARITA) ¡Tú, hija mía?

OCTAVIO

(Mirando con sorpresa á su madre.) Pero tú sabías?...

ISABEL

Pues no lo he de saber? Antes que tú. Mi afán era que se unieran las dos familias... Pero no te doy mi consentimiento, sino á condición de que no te batas.

OCTAVIO

Eso es imposible.

ISABEL

¿No le cruzaste la cara? ¿Qué más quieres?

OCTAVIO

Cruzarle también el pecho.

LORENZO

Fué castigo bastante, y además la verdad se venga por sí misma de la calumnia. Yo me encargo de arreglar esa cuestión. Por lo pronto sepan ustedes que hay tiempo para ello, porque esta tarde de ningún modo podría asistir Mendoza al duelo. Vengo de su casa y está en la cama con una repentina enfermedad.

ISABEL

¡Si tiene ese hombre más recursos!

LORENZO

De modo que á pensar ahora solamente en las dichas que hoy empiezan.

EUGENIO

¡Oh, sí! ¡qué grande será la mía, si mi adorada Consuelo jamás averigua mi secreto!

MARGARITA

(Profundamente contristada.) ¡Dios mío!

OCTAVIO

(Que revela la misma impresión al decir Eugenio lo anterior.) Eso es ya imposible, D. Eugenio.

EUGENIO

¡Cómo?

OCTAVIO

Pero la diferencia de las cosas será un gran lenitivo. Con tantas emociones no he podido decirlo antes.

EUGENIO

¡Qué?

OCTAVIO

Poseída torpemente de la misma idea que pudo penetrar en mi pensamiento, acaba de despedir á Margarita, y allí está (Señalando á la habitación de la Marquesa.) presa del dolor y del despecho.

ISABEL

¡Ave María Purísima!

EUGENIO

¡Infelices ya para siempre! (Acude á él MARGARITA.)

LORENZO

¡Qué infelices, ni que demonios? (Corriendo á la puerta de la habitación de CONSUELO y llamándola enérgicamente.) Marquesa, Marquesa.

ESCENA XII

Dichos y Consuelo y Teresa.

CONSUELO

(Reparando en Eugenio y Margarita.) ¡Ah!

LORENZO

Escúcheme V., Consuelo, que las cosas no son como V. las piensa. V. cree que su esposo la ultraja de la manera más inícua. Pues aquí no hay traición, ni ultraje, ni los ha habido nunca durante el matrimonio. V. sabe la historia de la madre de Margarita. Yo abono todo ese pasado; y ahora le digo que el hombre que abandonó á aquella mujer por otra de quien estaba locamente enamorado y sigue estándolo, no es sino su marido.

CONSUELO

¡Eugenio?

LORENZO

Sí, es el padre de Margarita.

TERESA

¡Mi hermana! (Y corre á abrazarla.

LORENZO

Sí.

ISABEL

No ha sido en tu año. (A Consuélo.)

LORENZO

(Conduciendo de la mano á Consuelo al lado de Eugenio.) Y ahora dígame V. si no merece como siempre su cariño el que por conservarlo incólume ha devorado á solas las penas de su secreto.

CONSUELO

(Echándose en los brazos de Eugenio.) ¡Yo que te he creído tan infame!

EUGENIO

Pues ya ves que contigo no lo he sido.

LORENZO

¿Y á Margarita, Consuelo, no la abrazará también? Se casa con Octavio: la Condesa lo consiente. Vea usted como ella y Teresa se quieren. (Las dos se encuentran abrazadas.)

CONSUELO

Sí, hija mía, ven: con toda el alma te recibo, pidiéndote perdón. (Abriéndole los brazos, á los cuales acude Margarita.)

MARGARITA

Yo la que tengo que pedirlo por haber fingido.

LORENZO

Así fingieran todos en el mundo.

EUGENIO

¡Qué felicidad, Dios mio!

ISABEL

(A Lorenzo enjugándose las lágrimas, pero con humorismo.) Pues señor, le aseguro á V. que la institutriz ha salido buena.

LORENZO

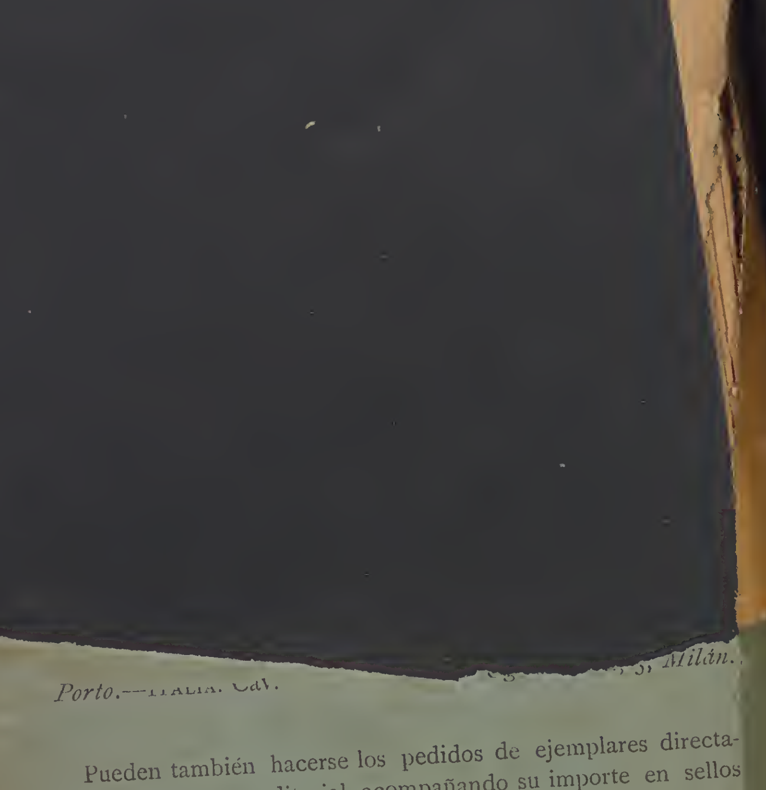
Como de la familia, Condesa. (A Eunenio.) ¿Ves como yo tenía razón?

EUGENIO

Pero sólo en parte, porque tú querías que hablásemos nosotros y ha sido mejor que hablen los hechos que tienen siempre conmovedora elocuencia.

FIN DE LA COMEDIA





Milán.

Porto.—ITALIA. Cav.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

MADRID. 1887.—IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.
Libertad, 16 duplicado